puros y templados de Occidente, el luminoso y vivificador astro del dia, los perfumes y los aromas de las flores que se dilatan por do quiera, hacen á esta parte de la antigua Vandalia (Andalucía) un paraiso de primores. Aqui todo es lisonjero, todo es sublime, todo es admirable.

La recreadora Julia Rómula (Sevilla) la ciudad de los placeres, de los embelesos y de las alegrias, la mansion de las mas poéticas hermosuras se mira à los pies de la Giralda como una fragante flor bajo las espesas ramas de un lozano cinamomo.

Quiera el cielo que cuando la fria y no lejana ancianidad venga á rendir las fuerzas de mi ánimo puedan mis labios repetir, rodeados de buenos amigos y bajo los techos de una morada humilde, aquellos mismos preciosísimos tercetos que el filosófico poeta Francisco de Rioja en su celebrada epístola escribió à su afectuoso Mecenas el conde duque de Olivares.

¡Pobre de aquel que corre y se dilata,
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no perturben deudas ni pesares.

Esta es mi única ambicion. Ojalà que el destino la cumpla, y termine yo los inútiles dias de mi vida en la misma deliciosa ciudad donde comenzaron.—Antonio Gomez y Aceves. *(G. de M.)*

VARIEDADES.

Se lee en el *Correo de Ultramar*:

El teatro Montpensier, es decir, el teatro histórico, puesto que el Ministro del Interior le ha rehusado el nombre de Montpensier, está concluido y se abrirà dentro de algunos dias. De vuelta de sus escursiones Alejandro Dumas ha hecho la inspeccion esterior é interior del monumento, y lo ha hallado de su agrado; asi todo va á pedir de boca. Al pensar que unos ocho meses há se veia al lado del Circo un inmenso caseron negro y ahumado, y que en su lugar se halla hoy un teatro magnífico, no puede uno menos de esperimentar un sentimiento de profunda admiracion hácia Dumas. Sin duda que no es él quien lo ha ejecutado, pero fue su cabeza la que ha concebido, ordenado y puesto en accion esa nube de trabajadores de todas clases, cuyo tiempo se ha calculado tambien, que todos han dado cima à sus trabajos en la época prometida.

Alejandro Dumas habia confiado á Mr. Guichard, discípulo de Mr. Ingres, y del que poseemos ya obras de mucho mérito, un trabajo inmenso; el de reproducir todos los jenios con que se honra el teatro. Mr. Guichard ha tomado su mision con empeño, y viendo su trabajo, imposible es no admirar la conciencia con que lo ha realizado. La parte espresiva de la fachada del teatro Montpensier està terminada en una bóveda esféria con un friso debajo. Enmedio de este friso Mr. Guichard ha colocado tres bellas figuras alegóricas: la Poesía, la Trajedia y la Comedia dándose la mano. La Poesía tiene una cara noble y espresiva; la Trajedia una fisonomía severa, mientras que la de la Comedia es burlona y alegre. Debajo de estas figuras estan las de los hombres que han ilustrado el arte teatral.

A la derecha se hallan: Sofòcles, Esquilo, Eurípides, Séneca, Shakespeare, Corneille, Racine, Shiller, Voltaire, Gluce, Mehul, Talma, Nourrit.

A la izquierda: Aristófanes, Nenandro, Plauto, Terencio, Moliere, Goethe, Cervantes, Lope de Vega, Mozart, Gretry, Regnaed, Marivaux, la Mars.

Total 26 figuras mas que del tamaño natural.

Esta primera parte del trabajo de Mr. Guichard tiene un mérito incomparable, y le hace tanto honor como su capilla de San Landry de San German-de-los-Prados. En nuestro próximo número diremos si ha sido tan feliz en el resto de su trabajo.

FOLLETIN.

LAS BOTAS CHAROLADAS DE LA CENICIENTA.

(Continuacion.)

No siempre he amarrado mi embarcacion en este lado de la calle, no señor; hace algunos meses que resguardaba mi tiendecilla al abrigo de las paredes de esa hermosa casa de enfrente. Se empeñaron despues en que yo hacia mala vecindad, y el propietario me confinó á este punto. La casa baja que me ha refujiado proteje mal mi barraca, que vacila á cada bocanada de viento. Cada tempestad la conmueve, y estoy seguro de que el dia menos pensado vendrá una que echará á rodar todos mis bártulos; la de hoy, por no ir mas lejos, ha amenazado mi barco carcomido con un terrible naufrajio. En fin, sea lo que Dios quiera.

Mas tranquilo y mas seguro estaba en la otra parte. En aquella época vivia en el piso principal un jóven que hacia una vida alegre y divertida. Todos los dias y aun todas las noches oíanse festivos cánticos, entre los que se mezclaban las frescas y risueñas voces de las jóvenes del cuartel. Todo aquel ruido, todo aquel movimiento me regocijaba el corazon. Siempre me han gustado los solaces de la juventud y sobre todo la vista de un lindo y gracioso rostro de mujer. Juzgad si seria dichoso cuando á cada hora del dia las veia pasar, siempre nuevas y siempre bonitas, al través de mis anteojos.

Llegó entretanto un dia en que todo cesó como por encanto: hasta el mismo jóven se presentaba raras veces. Largo tiempo anduve investigando la causa, hasta que supe por el portero el verdadero oríjen de aquel súbito cambio.

En primer lugar habia sido devorada una cuantiosa herencia, y no habia mas esperanza para llenar aquella tinaja de las Danaides que la sucesion probable de un tio de América. Ademas andaba de por medio un amor serio el cual habia eclipsado á todos los placeres. El jóven se encerraba muchas veces, y el portero le habia visto escribir largas cartas de cuatro pájinas, para lo cual solo tiene aliento la pluma de los enamorados. Un dia le encargó que llevase una á la estafeta; pero nada se podia sacar por el sobre, que decia sencillamente estas palabras: "A Clemátide."

Asi pasó un mes.

Una tarde estaba sentado delante de mi tienda con la pipa en la boca y las manos en las rodillas, cuando se paró un carruaje en el dintel de la puerta. Llevaba echadas las persianas. Bajóse de un brinco el jóven, tendió rápidamente la banqueta y dió la mano á una jóven que bajó en seguida lista y lijera; pero tan bien envuelta en su velo, que solo pude distinguir una sombra pequeñita y delgada, que desapareció rápidamente en la casa.

—¡Hola, hola! dije yo para mí, parece que han vuelto los pájaros á su nido.

El portero y yo eramos á cual mas curiosos, y ambos sufrimos una decepcion. Ni el jóven ni la jóven salieron en mucho tiempo, y la habitacion permanecia cerrada como puerta de convento. No entraba nadie mas que á la antesala, y solo para llevar lo que necesitaban los reclusos. Hubo cartas que llevar y proveedores que hicieron cortas y misteriosas visitas; pero jamás se abrió una cortina del balcon. Los amantes ocultaban su amor y su felicidad á todas las miradas indiscretas.

El portero se desesperaba de coraje.

Al cabo de 15 dias vi por fin al jóven salir de la casa al anochecer. Abrí mis ojos todo lo que pude, y me cansé en valde, porque no iba con él la muchacha. Pero el enamorado no iba solo; acompañábale un jovencito, casi un niño, que se apoyaba en su brazo como si tuviese miedo. Tan cerca de mí pasaron los dos, que me ví obligado á retroceder saludándolos. Habíanse bajado involuntariamente mis ojos al suelo, y entonces fue cuando vi la primera vez esas pobres botitas que parece que me escuchan sonriendo.

¡No querreis creer, caballero, lo que pasó en mi interior á semejante vista! Vos no sabeis quién yo soy, ignorais mi historia, que seria larga de contar. Sabed solamente, y creedme, que yo no habia nacido para ser lo que veis que soy; ¿qué quereis? ¡El destino hace los Reyes y los zapateros...! Pero esto maldito lo que hace al caso. Sabed únicamente que en otro tiempo amaba yo como artista todo lo que es bello, gracioso y elegante. Cuando despues fui zapatero, esta propension se cambió en una manía hácia la única parte del cuerpo humano con que tengo que entenderme. Sí, señor, tanta parte puede tener el arte en cortar el cuero como en esculpir el mármol. Ni una mujer ni un hombre pasan delante de mí sin que mire sus pies. Cuando algunas veces me atrevo á ir á los ricos cuarteles de Paris, permanezco horas enteras delante de los elegantes armarios de mis cofrades de moda. Reid todo lo que querais, pero esta locura que me persigue me hace soportar mi innoble trabajo. La naturaleza ha dado instintos artísticos á mi corazon, y estos institos dormidos se despiertan hasta en el pobre y oscuro zapatero.

Juzgad pues, caballero, lo que yo esperimentaria aquella noche. Tan grande era mi admiracion como el suave éxtasis que siente un pintor á la vista de un cuadro de Rafael ó un mármol de Cánova. En fin, las habeis visto, las veis, y estoy seguro de que esperimentais un encanto májico.

Esperé pensativo su vuelta hasta bien entrada la noche; pero los dos jóvenes no volvieron hasta la una. Por desgracia estaba nublado el cielo, y no pude ver lo que queria, por lo que me retiré fastidiado á mi tienda.

A la tercera noche salió el jóven, pero la jóven iba con él.... El portero les acompañó hasta la puerta haciéndoles cortesias, deseando ver aquel rostro misterioso, que tambien iba entonces cubierto con un largo y espeso velo. Ya os he dicho que era yo tan curioso como mi vecino, y me salió tan mal como á él mi intento. Era una jóven pequeñita y delgada, pero elegante en su presencia y en su andar, porque no andaba, sino que se deslizaba sobre la tierra. Su cuerpo flexible y esbelto tenia el imperceptible balanceo de una hoja en el aire enmedio de un tiempo tranquilo. Todo en ella era encanto y distincion.... ¡Y no se veia nada de su rostro! Yo sin embargo tenia otra tentacion mas poderosa, bajé los ojos, y en seguida hice un jesto de sorpresa y de admiracion.

No habia en el mundo mas que aquellos pies que pudiesen calzar las botas de la penúltima noche.

El niño y la jóven eran pues sin duda la misma criatura.

Los dos amantes se habian hecho menos temerosos. Todos los dias salian, y todos los dias veia pasar unas veces los borceguíes, y otras las botas charoladas que nadie en el mundo podrá volver á ponerse. Era aquel un momento delicioso para mí: me habia hecho un dulce hábito de mirar los unos y las otras. Sin embargo, las botas tenian siempre la preferencia por derecho de antigüedad; asi es que las llamaba mis primeros, mi mas queridos amores.

No por eso dejaba de atisbar el rostro de Clemátide, que era el nombre de la jóven; pero cuando salia vestida segun su sexo llevaba siempre un espeso velo que la ocultaba completamente, y cuando llevaba algun elegante gaban, no faltaba un pañuelo de batista que ocultase casi enteramente sus facciones. Pero nada me importaba aquello: veia su querido pie, y con aquello me contentaba.

Aquella manía de viejo me hacia olvidar mis pesares. El casero me perseguia para echarme del umbral de su casa, y aquella especie de destierro me destrozaba el corazon. Quince años hacia que estaba en aquel sitio, y diez que la alta pared me resguardaba del frio y del sol; pero al fin tuve que ceder. El portero, mi vecino, fue á intimarme que no se me concedia mas que un dia; y viendo que me desesperaba, me dijo con misterio:

—No sois solo quien tiene precision de partir hoy.

—Pues ¿qué hay? le pregunté.

—En el piso principal hay tambien lágrimas y jemidos.

—¿En casa de Clemátide? pregunté.